# LA MIEL DE LAS FLORES.

Dios habia criado miel con abundancia en los nectarios de las flores; el colibrí y la mariposa, las luciérnagas y otros insectos chupaban aquel néctar, se empalagaban y se embriagaban de placer con su dulzura; pero el hombre no habría aprovechado jamás aquel fragante almíbar, y sus lábios apénas lo hubieran saboreado chupando algunas flores. Dios crió á la abeja, y los enjambres susurrantes de estas mosquitas de oro y de esmeralda, se esparcieron con rapidez sobre las flores, absorvieron su miel y fabricaron sus panales. El hombre cultivó entónces las plantas con esmero, colonizó sus jardines, poniendo dentro de ellos colmeneras, y recogió con placer la cera. y la sabrosa miel que las abejas fabricaron. Y al aprovechar el hombre estas producciones ¿se olvidará de un Dios que crió á la abeja, y que hace que las plantas destilen miel en los nectarios de las flores?

# RECUERDOS DE LA NIÑEZ.

Cuantas veces, recorriendo los campos donde pasé la edad de la inocencia, me quedé inmovil y triste, contemplando el inmenso intervalo que media entre el candor de la niñez y esa época de la vida en que la inteligencia adquiere un desarrollo, tal vez funesto para el hombre! ¿Qué valen los placeres turbulentos de la juventud, comparados con aquel dulce bienestar de que solo gozamos cuando niños? ¿Qué vale nuestra instruccion, que el orgullo exagera muchas veces, comparada con aquella venturosa simplicidad que hacia todo el encanto de la vida? ¡A cuánta costa querriamos volver á hallar placer en correr tras de las mariposas y las aves, y pretender asir con la mano alguna estrella, ó en contemplar, sin aspiraciones de sabiduría, aquella luna tan pura como nuestro corazon y tan serena como nuestra alma! Aquellos cuentos, aquellas leyendas que entretenian nuestro descanso, aquellas consejas de brujas y de duendes que tanto excitaban nuestra curiosidad, no harian ya impresion en nuestro espíritu y nos fastidiarian si las oyésemos de nuevo. ¡Ah! Si la inteligencia no fuese un don de la Divinidad y un don tan excelente, nos veriamos tentados á maldecirla como un privilegio funesto para el hombre.

¡Venturosa edad aquella, en la que vivimos sin preveer que moriremos algun dia, y vemos desaparecer á los que nos rodean; y cuando ya reposan en la tumba, creemos que duermen ó que se han ausentado de nosotros! ¡Envidiable felicidad, sin duda, aquella que consiste en la impresion ligera que dejan los afectos en nuestra alma! Ni la envidia, ni el ódio, ni el rencor nos atormentan. La venganza no enciende nuestros ojos con el fulgor de los relámpagos. Del amor, de esa adversa pasion, no tenemos aún sino un gérmen que tardará en desarrollarse. Nos complace satisfacer una curiosidad; pero el deseo del saber aun no nos atormenta. ¿No seria dado al hombre (se dice uno á sí mismo); no le seria dado aproximarse, por un sublime esfuerzo de reflexion y de

prudencia, á esa venturosa situacion de nuestra vída, en la qué los afectos son vivos sin impetuosidad, la imaginacion es fecunda sin melancolía, y la virtud es mas bien una necesidad, que el resultado de grandes sacrificios?... ¿No dice Jesucristo que si queremos la verdadera felicidad debemos hacernos como niños? ¿No nos aconseja, que á la sencillez de la paloma, reunamos la sagacidad de la serpiente? Sin duda no es imposible conciliar estas virtudes, y debemos esperar que el hombre, siempre perfectible, depurará alguna vez su corazon hasta un grado que en la actual corrupcion de las costumbres parece inasequible.

Cuando me entretenia con estos pensamientos, me acordé con melancolía de los compañeros de mi infancia, que murieron cuando apenas habian tocado en los umbrales de la vida. Y tuve por dichosos á aquellos que, al espirar, sonreian todavía con el candor de la inocencia; botones de jazmin que aun no se habian desarrollado, cuando fueron segados por la muerte; niños angelicales, que no empañaron la pureza de su alma con el vicio. Solo unos cuantos dias pasaron sobre la tierra; pero los saborearon como gotas de miel sin amargura; aletargados por la muerte, creian soñar cuando su espíritu volaba hácia los cielos.

# UNA NIÑA COGIENDO MARIPOSAS.

Corre, niña inocente y venturosa; corre veloz, cazando mariposas: que ellas vuelan de flor en flor, inconstantes como tú, contentas como tú, volubles como tu corazon, y como tu fantasía variables y ligeras. ¿Y para qué recoges esas palomillas? ¿Es acaso para afligirlas y para aprisionarlas? No: contémplalas, ¡oh niña! examínalas con curiosidad, y mira qué hermosos son esos insectos, á quienes Dios adornó con unas vestiduras tan brillantes. La seda no es tan fina y lustrosa como sus alas; y cuando vuelan, cuando aletean sobre las flores, cuando se mecen sobre el jazmin, estremeciéndose de placer y de ventura, brillan sus alas, radiantes con el fulgor del oro, con los reflejos de la esmeralda, con el fuego del rubí, y con el resplandor de los topacios. Unta ahora en tus dedos ese polvillo que está esparcido sobre sus alas; es un polvo de luz y de diamante; si lo observaras con un lente, lo verias formado de plumillas doradas, diáfanas, centelleantes como las piedras mas preciosas. Voló tu mariposa; y tú sonries, y corres, y saltas sin cuidados; pero otros dias vendrán que no serán para tí los dias de tu inocencia, dulces ahora como la miel que liban las abejas. Te sentarás entonces triste y silenciosa á ver correr las linfas de la fuente; su murmullo te adormecerá; los recuerdos de la niñez enternecerán tu corazon, y llorarás, cuando pase delante de tí una mariposa.

# UNA HORA DE FASTIDIO.

En una de esas horas tan lánguidas y tristes que pasan ante nosotros como sombras, como nieblas que ofuscan nuestra mente, abrí por casualidad los *Recogimientos poéticos* de Mr. de Lamartine y leí estas palabras: "Bendito sea el que ha inventado la escritura, esta conversacion del hombre con su propio pensamiento, este medio de aliviarse del peso de su alma! El ha evitado muchos suicidios."....

Tomé pues, la pluma, y dije: escribiré; aligeraré con esta ocupacion el fastidio que pesa sobre mi alma. Pero en vano quise escribir; mi mente dormitaba con esa especie de sopor que tanto se parece al sueño de la muerte; porque durante esas horas de fastidio, de las que todos, cual mas, cual menos, nos hemos visto atormentados, nuestra alma sufre y pena; pero ni piensa, ni concibe; sus ideas son fantásticas, sus pensamientos quimeras y delirios; soñamos entonces estando despiertos, y no obstante, ni disfrutamos la calma del que duerme, ni acertamos en nuestras reflexiones como el que está despierto; nuestros mismos delirios nada tienen entonces de poéticos, porque son vagos, deformes y monstruosos, son como esas figuras caprichosas y estravagantes que toman las nubes en el cielo, que cambian sin cesar al soplo de los vientos, y en las que nada hay de regularidad ni de belleza. Durante esas horas, cuyos instantes se prolongan como si fuesen siglos, nuestro pensamiento, que alguna vez brotaba del alma como un torrente, suspende su curso, y se hiela, por decirlo así, con la frialdad del alma; nuestras ideas, que alguna vez se abrian como una rosa, lozanas y fragantes, se marchitan al nacer, como se hiela comunmente en boton la flor de los almendros; porque nace esta flor en nuestros climas frios antes de que la Primavera la abrigue y con suave calor la vivifique.

¡Triste situacion á la que nos reduce el tédio de la vida! Huimos de la sociedad para concentrarnos en nosotros mismos, y allí precisamente, en nuestro corazon está el fastidio, como una víbora que duerme y



á la que no osamos acercarnos porque despierta, muerde y emponzoña al que la toca. Quedamos, pues, aislados del resto de los hombres, inmóviles y tristes en la soledad de la vida, como aquella muger que se trasformó en estatua en el desierto. ¿Qué pensamiento podrá brotar entonces de una alma empedernida? Seria preciso repetir el milagro de Moisés para hacer que manase una fuente de una roca.

La melancolía es el deleite que gozamos pensando en nuestras penas; pero ni aun este triste consuelo queda al hombre cuando el fastidio lo devora; las aflicciones, los dolores del alma agitan el corazon y lo conmueven, cuando son vivos y punzan como espinas; pero hay un dolor letárgico que anonada el espíritu, y lo reduce á una languidez mas triste que la muerte; nuestra alma desfallece cansada de sufrir, como se rinde el cuerpo muchas veces agobiado por las fatigas y trabajos. Es en vano entonces escitar á nuestro espíritu á que medite y piense; mas fácil seria hacer que los árboles de nuestros vergeles dieran flores y frutos cuando están cubiertos con las escarchas del invierno, cuando desnudos de hojas, no circula en sus ramas el jugo que los nutre y vivifica. Es preciso que nuestra alma tenga tambien como las plantas sus horas de invierno y soñolencia en las que todo sea inaccion, en las que quede seca y árida como los árboles que el cierzo desnudó de su follage.

¿De qué elevacion es capaz nuestro espíritu agobiado con el peso de la desgracia, desgarrado por el huracan del infortunio, como el águila que baja de los cielos, destrozadas sus alas por el soplo de la tempestad que la arrebató cuando volaba entre las nubes? Aquella ave que antes se remontaba hasta los cielos, se retirará ahora á la soledad, y graznará triste entre la selva.

Cuando las aves mudan de plumage, se entristecen, se esconden y enmudecen; no atraviesan entonces por el cielo haciendo centellear sus plumas de oro entre la luz del crepúsculo ó del alba. No hacen resonar entonces las selvas con acentos de melodía, con trinos armoniosos; en el silencio de la soledad pasan sus dias de muda, y el amor mismo no tiene entonces para ellas atractivo. Así tambien nuestro espíritu tiene como las aves algunos dias de muda, algunas horas de mudez y de tristeza, durante las qué busca la soledad, como único asilo, como único refugio en su infortunio.

Hay pesares que desconciertan en nuestra alma toda la armonía de nuestras ideas, y toda la belleza de nuestros pensamientos. El dolor con una mano de hierro destroza nuestro corazon como si un salvage tomara entre sus manos una lira, y rompiera ó destemplara sus cuerdas melodiosas; ¿qué concierto, ni qué armonía podrán salir entonces de ese instrumento despedazado por una mano bárbara? Si lo pulsais, no dará sino sonidos roncos y voces destempladas.

¡Horrible situacion aquella, durante la qué entramos á nuestra alma

con la meditacion, como bajariamos al fondo de una tumba, para no hallar en ella mas que polvo y huesos descarnados! Así quedan entonces en nuestra alma los pensamientos, áridos como los restos de un cadáver, frios como la ceniza de los muertos....

Alguna vez ha sido para nosotros nuestra alma, como una antorcha que nos deslumbraba con su claridad, y que derramaba su esplendor por todas partes; y hay dias en que se estingue aquella antorcha como se apaga un fuego fátuo, y nuestra razon no es sino una lámpara, á cuya triste claridad todos los objetos se nos presentan opacos y deformes. El cielo con sus astros y luceros se ofusca á nuestra vista; la tristeza de nuestro corazon se estiende sobre toda la tierra como una densa niebla, y no hay ya entonces para nosotros en la naturaleza, ni belleza, ni encantos, ni atractivo.

Cuando el invierno yela nuestros campos, cuando ya no hay en ellos ni insectos que murmullen, ni flores que derramen su fragancia, emigran á otros paises los pájaros canoros, y entre la bruma que el sol apenas ilumina con triste claridad, pasan aquellas aves volando á otras regiones. ¡Ojalá y así pudiese emigrar nuestra alma, cuando ya no quedan para ella sobre la tierra ni goces ni esperanzas, ni armonías ni deleites, ni conmociones ni inspiracion; sino el fastidio en el corazon y el tédio de la vida.

# EL SUICIDIO.

He aquí el pensamiento mas atroz de cuantos pueden asaltar la mente humana; por fortuna es tambien el pensamiento mas infame; solamente puede abrigarlo un corazon, en el que no ha quedado ya un solo sentimiento de compasion, una sola idea religiosa, ni una de aquellas creencias que consuelan al hombre en su infortunio. Así cuando la alhondra ha dejado el nido en que habitaba, suele ocuparlo una víbora que se enrosca y se aletarga donde aquella ave hermosa dormitaba. Entonces se oye el silbido de un reptil, donde antes resonaban cantos melodiosos. ¡Terrible situacion aquella en que el hombre se aborrece á sí mismo, porque no halla ya en su corazon una sola idea de virtud, de amor y de esperanza!

La vida es un don de Dios, y no es lícito ni preguntarle ¿por qué para unos es una copa de néctar circundada de flores y jazmines, y para otros un cáliz de hiel, cuyo lábio está erizado con espinas? Dulce ó amarga esta bebida, debemos apurarla hasta las heces; si cada uno de nuestros dias es dulce como una gota de miel y fragante como una flor, ofrezcamos á Dios llenos de gratitud estas flores que recogemos en el sendero de la vida; si cada dia es para nosotros como una rosa marchita y espinosa que no podemos tocar sin dolor, porque nos hieren sus espinas, recojamos estas rosas con resignacion, y esparciendo sobre ellas nuestras lágrimas, ofrezcámoslas tambien á Dios, pues no tenemos otra ofrenda que presentar en sus altares.

# LA ULTIMA HORA DE LA TARDE.

Es una hora de recogimiento y de melancolía aquella en que el crepúsculo tiende sobre el ocaso su manto de oro y grana. Es la hora en que en el campo los labradores se retiran á su hogar, silbando contentos y conduciendo á paso lento al buey que va mugiendo. Es la hora en que comienza á humear la hoguera dentro de las chozas. Es la hora en que las ráfagas del sol doran las colinas con una suave luz, y tiñen las nubes de rocicler y púrpura, ó las encienden con un color de fuego. Es la hora en que las sombras gigantescas de las montañas se deslizan como fantasmas sobre los valles y los prados. Los pájaros se reunen en bandadas, posan sobre los árboles, y entonando su canto vespertino, cada avecilla disputa á las demas la rama en que ha de dormitar algunas horas. ¡Qué algarabía forman entonces tan placentera y tan hermosa! ¡Qué confusion tan melodiosa de trinos, de gorgeos, de silbos y de arrullos! Reposan, en fin, y se mecen sobre las ramas, con la cabeza escondida bajo de una ala; pero si un solo pajarillo cambia de posicion, todos se agitan, todos silban, y combaten enojados si una parvada de otras aves les viene á disputar el árbol predilecto. Entre tanto, algunas águilas, algunos gavilanes y otras aves de rapiña, atraviesan solitarias, volando á grande altura, y se sumergen en aquel oceano de luz en que nada el sol, meciéndose sobre las nubes, que flotan como una espuma de oro en el ocaso. Esta es la hora en que la mayor parte de las flores cierran sus senos delicados, al mismo tiempo que otras abren sus corolas, exhalando perfumes fragantísimos. En esta hora melancólica es cuando la flor de la haba traspira un aroma suave como el olor de la canela. En ella tambien comienzan á verter su fragancia el floripondio, el yoloxochitl, el junquillo y la mosqueta. Nubes de aromas suben entonces á los cielos y se mezclan con el incienso que ondea bajo la cúpula del templo; con aquel incienso, que es el símbolo de la oracion, y que se quema sobre las aras de Dios, como la alma que se abrasa en el fuego de las tribulaciones; aquel incienso se exhala leve, cándido y oloroso, como las palabras de amor y caridad que exhalamos



tambien al pié de los altares, mezcladas con ardientes suspiros, con sollozos de dolor y acentos de ternura.

¡Qué bellos son los templos cuando en la última hora de la tarde se oscurecen sus aereas bóvedas y un solo rayo de luz atraviesa como una cinta de oro por entre aquellas sombras misteriosas; cuando todo es allí recogimiento, ternura y devocion; cuando el silencio no se interrumpe sino por el canto del saltapared ó del avion que anidan en aquel recinto de *piedad*, como si ellos tambien pudieran gozar de aquel afecto tan tierno y tan sublime! Cuando el último rayo de luz se estingue, salimos de allí con el corazon rebosando de caridad, y la estrella de la oracion, como un diamante que reverbera en el ocaso, arrojando sobre nosotros sus destellos, hiere con ellos nuestros ojos, todavía humedecidos con el llanto!

# EL SUSURRO DE LA NOCHE.

Cuando en el campo, durante la noche, todos los séres están aletargados; cuando ningun estruendo interrumpe aquella calma de la naturaleza tan bella y tan deliciosa, se percibe no obstante un rumor vago, un ruido sordo que adormece, un susurro semejante al que harian en un vergel muchos emjambres de abejas agitadas. ¿De qué resulta este susurro? De una multitud de écos, de acentos y de voces que se reunen y se confunden para formarlo. Parece que la noche, agitando sus sombrías alas, hace aquel murmullo para infundir á la naturaleza el sueño en que reposa. Aquel susurro es el vagido de muchos pajarillos que pian entre sus nidos, cuando despiertan medrosos y asustados; el silbido del cenzontle, el trino del gorrion y la calandria que suelen cantar cuando la luna aparece iluminando los bosques y las selvas; es el graznido de algunas parvadas de anzares y grullas que tambien suelen cruzar durante la noche por el cielo; es el chillido del hijuelo de la águila, del gavilan y de otras aves de rapiña, que en el silencio de la noche hacen su caza para alimentar á sus polluelos; es el ahullido del lobo, el ladrido del coyote, el mahullido del gato montés, el mugido del toro que vaga por el prado, el gruñido del javalí, el zumbido de los insectos de la noche, y el murmullo de alguna fuentecilla. Todo esto no es para el hombre mas que un rumor, y solo Dios percibe en ello una armonía, un concierto, y entiende aquel idioma que ha dado á cada ser sensible para espresar sus necesidades, sus penas ó deleites. El ha inspirado á algunos pájaros sus cánticos nocturnos, ha dado un murmullo á los insectos de la noche, un graznido á las aves de rapiña, á las fieras un ahullido penetrante, un mugido tierno, un mahullido de amor, al buho un fatídico acento, á la lechuza un lúgubre chillido, y un susurro á la noche misteriosa.



# LA CLARIDAD DE LA LUNA.

Lluvia de luz que caes sobre la tierra tan alba y tan hermosa, ¿qué encanto te dió Dios para ablandar y enternecer el corazon del hombre; y por qué hechizo celestial infundes en él una melancólica languidez tan suave y deliciosa? Si el sol nos deslumbra con su fulgor, si nos abraza cuando lanza dardos de fuego hasta la tierra, tú, nocturna deidad, fantasma de los cielos, derramas en nuestra alma con tu argentada luz, una voluptuosa serenidad y un plácido sosiego. Bella es tu claridad cuando riela tu luz sobre los lagos, cuando platea las selvas, y hace aparecer con fantásticas formas las rocas escarpadas; se desliza tu luz sobre la tierra con una suavidad tan apacible; tus rayos trémulos atraviesan tan bellos el éter de los cielos, y reflejan tan melancólicos sobre las selvas; tus destellos hieren nuestros ojos con tanta languidez, que el espíritu se adormece al contemplarlos, delirando con plácidos ensueños; todo es calma donde resplandece tu claridad tan nítida y tan pura; pero ella exalta la fantasia conmueve el corazon, é inspira á la alma tiernos pensamientos. ¡Oh luna! ¿Quién puede verte un solo instante sin que tristes recuerdos broten á raudales en su alma conmovida? ¡Ah! ¡De cuántos amores has sido tú testigo, de cuántos secretos has sido confidente; cuántas lágrimas has visto derramar sobre la tierra; cuántos misterios han pasado á tu vista, y tambien cuántos infortunios! Propicia unas veces al amor, has guiado á un amante con tu benigna luz, y otras saliendo de entre las nubes que amortiguaban tu claridad, has alumbrado con argentado esplendor secretos que la noche ocultaba bajo sus sombras misteriosas! ¡Brilla, pálida antorcha, brilla sobre la frente de la beldad, y aquella frente, radiante con tu luz, será entonces la luna de la tierra! Así no envidiarán tu hermosura estas bellezas que someten al hombre al cetro de su amor, como Diana sujetaba á los ciervos con su brazo, cazando entre las selvas.

# UNA NUBE.

Ved cuán hermosa flota en el azul purísimo del cielo esa nube que resplandece como un vellon de plata, y que se mece sobre el aire como un pensamiento de amor que vaga en nuestra mente. Al amanecer se levantó del lago, cándida y leve como una águila blanca que sube hácia los cielos. Pasó por el Oriente, y la tiñó la aurora con un tinte rosado; y vino el dia, y derramó su luz sobre ella, y se elevó en el éter como una espuma de oro. Voló por muchas horas hácia el Ocaso, hácia el Septentrion; y recorriendo el cielo en todas direcciones, recogia por todas partes los sirros y celages que el viento desgarraba; así se hizo mas bella, y se estendió como una serranía de nieve en el confin del horizonte. De allí volvió blanca y radiante cuando ardia el sol en el cenit, cuando su luz como lluvia de fuego caia sobre la tierra. Los ciervos reposaban acesando sobre el musgoso prado; las aves, fatigadas, aleteaban para refrescar la atmósfera incendiada; las plantas, abrasadas, doblegaban sus tallos, y dejaban caer hácia la tierra con languidez sus tristes hojas. La nube pasó entonces debajo del sol, y su sombra se deslizó sobre la tierra; mugieron de placer los ciervos fatigados, respiraron las aves y preludiaron sus melífluos cantos; levantaron las plantas sus tallos descaecidos, y las flores abrieron sus corólas. Entonces la nube esparció la fresca lluvia sobre la tierra enardecida, y cuando el sol volvió á salir, la tierra toda resplandecia, porque los animales del prado estaban empapados, y las plantas goteaban el rocío, y las aves esparcian agua al sacudir sus alas y al esponjar sus plumas esmaltadas. Ved ahora esa nube poco ha tan alba cuando subia al cenit, reposando ya en el ocaso, sumergida en un lago de fuego, en parte dorada, teñida en otros puntos de rosicler y nácar, y arrojando hácia todas partes las ráfagas del sol, que ya se apaga. Subirá de nuevo al anochecer; y cuando salga la luna del Oriente, esa perla del cielo, vertirá su fulgor sobre la nube, ó rodará con ella cuando esparza el rocío sobre la tierra. Así es como una nube sola ha podido ocupar nuestro espíritu en contemplarla durante algunas horas; porque la naturaleza entera se reproduce, aunque en pequeño, con todo su esplendor, aun en sus mas ligeras producciones; en una nube y en una gota de rocío, en el rayo y en una chispa, en el sol que ilumina á todo el universo y en la luciérnaga que brilla por la noche, vagando entre las flores.



# EL RELAMPAGO.

La celeridad de este meteoro es prodigiosa. Aparece en la oscuridad como un rasgo de luz; brilla lívido y trémulo; ilumina el cielo, recorriendo su inmensidad instantáneamente, y desaparece sin dejar rastro alguno en su carrera. ¿Cómo, pues, describir sucintamente ese meteoro veloz y fulgentísimo, esa rápida aparicion, pálida como la llama del azúfre, ó azul como el reflejo de una espada que vibra refulgente? ¿De dónde viene ese espectro luminoso que brilla un solo instante en las tinieblas? ¿Es acaso un espíritu que, á la voz de Dios sale del seno de la tempestad, que pasa por el cielo como una idea fugaz, y que llega á los piés de su Señor con mas celeridad que el pensamiento?... Él no suspenderá su curso ni un momento para que el hombre pueda contemplarlo; brillará en el Oriente, cruzará rápido por el cenit, y cuando volvamos á él la vista, ya se habrá apagado su luz en el ocaso. ¿Qué frase puede espresar con claridad la manera con que el relámpago aparece, la rapidez con que se prolonga, el tortuoso giro de su carrera, su pálida instantánea claridad y el modo con que estingue su esplendor, recogiendo en el seno de Dios sus alas refulgentes? Y si el hombre no puede describir una de esas sierpes de luz que pasa por los cielos, ¿quién podrá bosquejar esa bóveda inmensa que la tempestad ennegrece con sus sombras, y en la cual aparecen y desaparecen momentáneamente, alumbran y se estinguen, se cruzan y confunden entre sí esas cintas de fuego que diseña la mano de Dios bajo la cúpula del cielo? Hay en la escena de la tempestad una sucesion tan rápida de perspectivas tenebrosas ó brillantes, hermosas ó imponentes; y son estas perspectivas de tal manera variadas y fugaces, que el hombre se anonada al contemplarlas. No queda de ellas en nuestra alma sino una leve sombra, un ligero recuerdo, una centella que se apaga, un relámpago que se estingue, deslumbrando al que quiere contemplarlo; porque una tempestad es la sombra de Dios que cae sobre la tierra, y un relámpago su mirada que brilla en las tinieblas.

# LA LLUVIA.

Precedida del relámpago, anunciada por el trueno, sentada sobre nubes, volando con las alas de los vientos, la lluvia desciende de los cielos, derramando por todas partes la abundancia. Todo es aridez, miseria y desventura en las comarcas que la lluvia no ha fecundizado. Todo es abundancia, belleza y regocijo en los sitios en que la lluvia ha derramado sus tesoros. Enardecida la tierra por la reverberacion del sol, lánguidas y tristes las plantas, débiles y enfermos los animales, ansían por la lluvia que ha de ranimarlos. La lluvia cae, y el aire se purifica y se hace transparente; la tierra la embebe con ardor y exhala de su seno un olor suave; empapadas de ella las plantas, la absorven con presteza, y luego se levantan esbeltas y lozanas: bañados de ella los animales, se regocijan y adquieren nuevo brio. Las nubes opacan comunmente la luz del Sol; pero la lluvia suele caer cuando el astro ilumina la tierra con un vivo esplendor. Entonces se vé la lluvia descender como hilos de plata que caen desde los cielos. Otras veces se le observa á lo lejos como un crespon brillante que se estiende desde una nube hasta la tierra. Tras él se perciben las serranías, los bosques y colinas, presentando así un cuadro mágico y radiante. Jamás los campos son tan hermosos como en el instante en que el Sol aparece despues de una tempestad, haciendo brillar por todas partes el rocío que la lluvia virtió sobre la tierra. La bóveda del cielo parece una inmensa cúpula de zafiro; un airecillo fresco ventéa con suavidad, meciendo las copas de los árboles; agitadas con este blando impulso, las gotas de rocío caen puras y brillantes de un árbol á otro, se deslizan de una á otra rama, tiemblan como una lágrima de cristal sobre las hojas, se esparcen luego sobre las flores; centellean sobre el clavel como rubíes, y en el seno de la azucena y el jazmin como unas chispas de diamantes. Mas bella es todavía esta escena si la luna ilumina los campos con su plateada luz cuando la lluvia cae como un rocío de perlas; las aves salen entonces de sus nidos para gozar tanta belleza, gorgean placenteras y sacuden sus alas empapadas con el rocío. Despues sigue un silencio misterioso, una apacible melancolía, una languidez suave y deliciosa....



# LA TEMPESTAD.

Su voz es un rugido formidable; sus miradas un lívido destello. Saliendo de un abismo se cubre de opacidad y estiende sobre la tierra un manto de tinieblas. Una espantosa calma, un lúgubre silencio precede al momento de su furor, y armada entonces su diestra de rayos destructores, se precipita sobre la tierra, tronando con estallido pavoroso y derramando un siniestro esplendor sobre el abismo. Tal es la tempestad; meteoro formidable, pero sublime y bello al mismo tiempo.... ¿Quién, sino Dios, puede levantar desde los mares y la tierra esa niebla tan cándida y tan leve que cubre las montañas, que sube como un humo ligero hasta los cielos; que se condensa en ellos formando montes, prominencias, concavidades oscuras, masas iluminadas con nítido fulgor, que pasan á nuestra vista como la vision de un sueño, que se acumulan, se opacan, se ennegrecen y se estienden por todo el horizonte hasta cubrirlo de oscuridad y á la tierra de un tinte melancólico?... ¿Quién, si no Dios, puede iluminar estas lóbregas masas con una luz tan triste que centellea instantáneamente, que atraviesa con inconcebible celeridad desde el ocaso hasta la aurora, que se precipita como un torrente de fuego de una á otra nube; que deja impresas sobre los cielos, por un momento, sus huellas luminosas, que brilla, en fin, alumbra y se disipa con la velocidad del pensamiento?... ¿Quién, si no Dios, puede encender el rayo en el seno de la rugiente tempestad, arrojar desde el cielo hasta la tierra aquel meteoro que se desploma como un globo de fuego, ó que surca los aires con un tortuoso giro; que inunda con espantosa luz las selvas y montañas, y que disipándose fragoroso, destruye, pulveriza, ó funde cuanto toca?... —El campo presenta un cuadro verdaderamente pintoresco cuando observamos en él una tempestad á poca distancia del sitio donde hace sus estragos. A un silencio pavoroso sucede un estallido, cuyo éco resuena entre las sierras, los bosques y cavernas. Desvanecido este éco, todo vuelve á quedar en un silencio lúgubre, que interrumpe de cuando en cuando el mugido del toro, el ahullido del lobo que sale de su ceuva, el gruñido de un jabalí oculto entre las zarzas, ó el graz-